



## **PARTE A: PRUEBA DE CARÁCTER PRÁCTICO EJERCICIO I**

**Diseño y justificación de dos personajes individuales (femenino y masculino) y un personaje colectivo, seleccionados por el tribunal de una escena.**

**El diseño deberá incluir, al menos:**

1. Justificación de la propuesta: contexto histórico y social de los personajes, características psicológicas y función narrativa de los personajes y el vestuario.
2. Fuentes de documentación y referencias relacionadas con el género y la propuesta.
3. Argumentación de las decisiones relativas a volúmenes, paleta de color, materiales, texturas y tejidos, y su relación con otros elementos plásticos de la puesta en escena.
4. Bocetos de los personajes seleccionados.
5. Caracterización de personajes:
  - 5.1. Desglose de prendas.
  - 5.2. Calzado, tocado y otro tipo de complementos de vestuario.
  - 5.3. Maquillaje y peluquería.



## PARTE A: PRUEBA DE CARÁCTER PRÁCTICO

Ejercicio I: Diseño y justificación de dos personajes individuales (femenino y masculino) y un personaje colectivo.

*Fuenteovejuna*, de Lope de Vega

Personaje femenino: Laurencia.

Personaje masculino: Frondoso.

Figurín de conjunto: Mengo, Pascuala y músico.

### Acto II.

*Vanse TODOS. Salen MENGO, LAURENCIA y PASCUALA, huyendo*

PASCUALA: No te apartes de nosotras.

MENGO: Pues, ¿a qué tenéis temor?

LAURENCIA: Mengo, a la villa es mejor  
que vamos unas con otras,  
pues que no hay hombre ninguno,  
porque no demos con él.

MENGO: ¡Que este demonio crüel  
nos sea tan importuno!

LAURENCIA: No nos deja a sol ni a sombra.

MENGO: ¡Oh! Rayo del cielo baje  
que sus locuras ataje.

LAURENCIA: Sangrienta fiera le nombra;  
arsénico y pestilencia  
del lugar.

MENGO: Hanme contado  
que Frondoso, aquí en el prado,  
para librarte, Laurencia,  
le puso al pecho una jara.

LAURENCIA: Los hombres aborrecía,  
Mengo; mas desde aquel día  
los miro con otra cara.

¡Gran valor tuvo Frondoso!



Pienso que le ha de costar  
la vida.

MENGO: Que del lugar  
se vaya, será forzoso.

LAURENCIA: Aunque ya le quiero bien,  
eso mismo le aconsejo;  
mas recibe mi consejo  
con ira, rabia y desdén;  
y jura el comendador  
que le ha de colgar de un pie.

PASCUALA: ¡Mal garrotillo le dé!

MENGO: Mala pedrada es mejor!  
¡Voto al sol, si le tirara  
con la que llevo al apero,  
que al sonar el crujidero  
al casco se la encajara!

No fue Sábalo, el romano,  
tan vicioso por jamás.

LAURENCIA: Heliogábalo dirás,  
más que una fiera inhumano.

MENGO: Pero Galván, o quien fue,  
que yo no entiendo de historia;  
mas su cativa memoria  
vencida de éste se ve.

¿Hay hombre en naturaleza  
como Fernán Gómez?

PASCUALA: No;  
que parece que le dio  
de una tigre la aspereza.

Sale JACINTA

JACINTA: Dadme socorro, por Dios,  
si la amistad os obliga.

LAURENCIA: ¿Qué es esto, Jacinta amiga?

PASCUALA: Tuyas lo somos las dos.

JACINTA: Del comendador criados,  
que van a Ciudad Real,  
más de infamia natural  
que de noble acero armados,  
me quieren llevar a él.

LAURENCIA: Pues, Jacinta, Dios te libre;  
que cuando contigo es libre,  
conmigo será crüel

### Vase LAURENCIA

PASCUALA: Jacinta, yo no soy hombre  
que te pueda defender.



### **Vase PASCUALA**

MENGO: Yo sí lo tengo de ser,  
porque tengo el ser y el nombre.

Llégate, Jacinta, a mí.

JACINTA: ¿Tienes armas?

MENGO: Las primeras  
del mundo.

JACINTA: ¡Oh, si las tuvieras!

MENGO: Piedras hay, Jacinta, aquí.

### **Salen FLORES y ORTUÑO**

FLORES: ¿Por los pies pensabas irte?

JACINTA: ¡Mengo, muerta soy!

MENGO: Señores...

¿A estos pobres labradores?...

ORTUÑO: Pues, ¿tú quieres persuadirte  
a defender la mujer?

MENGO: Con los ruegos la defiendo;  
que soy su deudo y pretendo  
guardarla, si puede ser.

FLORES: Quitadle luego la vida.

MENGO: ¡Voto al sol, si me emberrincho,  
y el cáñamo me descincho,  
que la llevéis bien vendida!

### **Salen el COMENDADOR y CIMBRANOS**

COMENDADOR: ¿Qué es eso? ¿A cosas tan viles  
me habéis de hacer apear?

FLORES: Gente de este vil lugar,  
que ya es razón que aniquiles,  
pues en nada te da gusto,  
a nuestras armas se atreve.

MENGO: Señor, si piedad os mueve  
de suceso tan injusto,  
castigad estos soldados,  
que con vuestro nombre agora  
roban una labradora

a esposo y padres honrados;  
y dadme licencia a mí  
que se la pueda llevar.

COMENDADOR: Licencia les quiero dar...  
para vengarse de ti.

Suelta la honda.

MENGO: Señor!



COMENDADOR: Flores, Ortuño, Cimbranos,  
con ella le atad las manos.  
MENGO: ¿Así volvéis por su honor?  
COMENDADOR: ¿Qué piensan Fuenteovejuna  
y sus villanos de mí?  
MENGO: Señor, ¿en qué os ofendí,  
ni el pueblo en cosa ninguna?  
FLORES: ¿Ha de morir?  
COMENDADOR: No ensuciéis  
las armas, que habéis de honrar  
en otro mejor lugar.  
ORTUÑO: ¿Qué mandas?  
COMENDADOR: Que lo azotéis.  
Llevadle, y en ese roble  
le atad y le desnudad,  
y con las riendas...  
MENGO: ¡Piedad!  
¡Piedad, pues sois hombre noble!  
COMENDADOR: Azotadle hasta que salten  
los hierros de las correas.  
MENGO: ¡Cielos! ¿A hazañas tan feas  
queréis que castigos falten?

*Vanse MENGO, FLORES y ORTUÑO*

COMENDADOR: Tú, villana, ¿por qué huyes?  
¿Es mejor un labrador  
que un hombre de mi valor?  
JACINTA: ¡Harto bien me restituyes  
el honor que me han quitado  
en llevarme para ti!  
COMENDADOR: ¿En quererte llevar?  
JACINTA: Sí;  
porque tengo un padre honrado,  
que si en alto nacimiento  
no te iguala, en las costumbres  
te vence.  
COMENDADOR: Las pesadumbres  
y el villano atrevimiento  
no tiemplan bien un airado.  
Tira por ahí.  
JACINTA: ¿Con quién?  
COMENDADOR: Conmigo.  
JACINTA: Míralo bien.  
COMENDADOR: Para tu mal lo he mirado.  
Ya no mía, del bagaje  
del ejército has de ser.  
JACINTA: No tiene el mundo poder



para hacerme, viva, ultraje.

COMENDADOR: ¡Ea, villana, camina!

JACINTA: ¡Piedad, señor!

COMENDADOR: No hay piedad.

JACINTA: Apelo de tu crueldad  
a la justicia divina.

***Llévanla y vanse. Salen LAURENCIA y FRONDOSO***

LAURENCIA: ¿Cómo así a venir te atreves,  
sin temer tu daño.

FRONDOSO: Ha sido  
dar testimonio cumplido  
de la afición que me debes.

Desde aquel recuesto vi  
salir al comendador,  
y fiado en tu valor  
todo mi temor perdí.  
Vaya donde no le vean  
volver.

LAURENCIA: Tente en maldecir,  
porque suele más vivir  
al que la muerte desean.

FRONDOSO: Si es eso, viva mil años,  
y así se hará todo bien  
pues deseándole bien,  
estarán ciertos sus daños.

Laurencia, deseo saber  
si vive en ti mi cuidado,  
y si mi lealtad ha hallado  
el puerto de merecer.

Mira que toda la villa  
ya para en uno nos tiene;  
y de cómo a ser no viene  
la villa se maravilla.

Los desdeñosos extremos  
deja, y responde "no" o "sí."

LAURENCIA: Pues a la villa y a ti  
respondo que lo seremos.

FRONDOSO: Deja que tus plantas bese  
Por la merced recibida,  
pues el cobrar nueva vida  
por ella es bien que confiase.

LAURENCIA: De cumplimientos acorta;  
y para que mejor cuadre,  
habla, Frondoso, a mi padre,  
pues es lo que más importa,  
que allí viene con mi tío;



y fía que ha de tener  
ser, Frondoso, tu mujer  
buen suceso.  
FRONDOSO: En Dios confío.

***Escóndese LAURENCIA. Salen ESTEBAN, alcalde, y el REGIDOR***

ESTEBAN: Fue su término de modo,  
que la plaza alborotó.  
En efecto, procedió  
muy descomedido en todo.  
No hay a quien admiración  
sus demasías no den;  
la pobre Jacinta es quien  
pierde por su sinrazón.  
REGIDOR: Ya a los católicos reyes,  
que este nombre les dan ya,  
presto España les dará  
la obediencia de sus leyes.  
Ya sobre Ciudad Real,  
contra el Girón que la tiene,  
Santiago a caballo viene  
por capitán general.  
Pésame; que era Jacinta  
doncella de buena pro.  
ESTEBAN: Luego a Mengo le azotó.  
REGIDOR: No hay negra bayeta o tinta  
como sus carnes están.  
ESTEBAN: Callad; que me siento arder  
viendo su mal proceder  
y el mal nombre que le dan.  
Yo, ¿para qué traigo aquí  
este palo sin provecho?  
REGIDOR: Si sus criados lo han hecho  
¿de qué os afligís así?  
ESTEBAN: ¿Queréis más? Que me contaron  
que a la de Pedro Redondo  
un día, que en lo más hondo  
de este valle la encontraron,  
después de sus insolencias,  
a sus criados la dio.  
REGIDOR: Aquí hay gente. ¿Quién es?  
FRONDOSO: Yo,  
que espero vuestras licencias.  
ESTEBAN: Para mi casa, Frondoso,  
licencia no es menester;  
debes a tu padre el ser  
y a mí otro ser amoroso.  
Hete criado, y te quiero



como a hijo.

FRONDOSO: Pues señor,  
fiado en aquese amor,  
de ti una merced espero.

Ya sabes de quién soy hijo.

ESTEBAN: ¿Hate agraviado ese loco  
de Fernán Gómez?

FRONDOSO: No poco.

ESTEBAN: El corazón me lo dijo.

FRONDOSO: Pues señor, con el seguro  
del amor que habéis mostrado,  
de Laurencia enamorado,  
el ser su esposo procuro.

Perdona si en el pedir  
mi lengua se ha adelantado;  
que he sido en decirlo osado,  
como otro lo ha de decir.

ESTEBAN: Vienes, Frondoso, a ocasión  
que me alargará la vida,  
por la cosa más temida  
que siente mi corazón.

Agradezco, hijo, al cielo  
que así vuelvas por mi honor  
y agradézcole a tu amor  
la limpieza de tu celo.

Mas como es justo, es razón  
dar cuenta a tu padre de esto,  
sólo digo que estoy presto,  
en sabiendo su intención;  
que yo dichoso me hallo  
en que aqueso llegue a ser.

REGIDOR: De la moza el parecer  
tomad antes de acetallo.

ESTEBAN: No tengáis de eso cuidado,  
que ya el caso está dispuesto.

Antes de venir a esto,  
entre ellos se ha concertado.

En el dote, si advertís,  
se puede agora tratar;  
que por bien os pienso dar  
algunos maravedís.

FRONDOSO: Yo dote no he menester;  
de eso no hay que entristeceros.

REGIDOR: Pues que no la pide en cueros  
lo podéis agradecer.

ESTEBAN: Tomaré el parecer de ella;  
si os parece, será bien.

FRONDOSO: Justo es; que no hace bien  
quien los gustos atropella.



ESTEBAN: ¡Hija! ¡Laurencia!...  
LAURENCIA: ¿Señor?  
ESTEBAN: Mirad si digo bien yo.  
¡Ved qué presto respondió!  
Hija Laurencia, mi amor  
a preguntarte ha venido  
--apártate aquí-- si es bien  
que a Gila, tu amiga, den  
a Frondoso por marido,  
que es un honrado zagal,  
si le hay en Fuenteovejuna...  
LAURENCIA: ¿Gila se casa?  
ESTEBAN: Y si alguna  
le merece y es su igual...  
LAURENCIA: Yo digo, señor, que sí.  
ESTEBAN: Sí; mas yo digo que es fea  
y que harto mejor se emplea  
Frondoso, Laurencia en ti.  
LAURENCIA: ¿Aún no se te han olvidado  
los donaires con la edad?  
ESTEBAN: ¿Quiéresle tú?  
LAURENCIA: Voluntad  
le he tenido y le he cobrado;  
pero por lo que tú sabes...  
ESTEBAN: ¿Quieres tú que diga sí?  
LAURENCIA: Dilo tú, señor, por mí.  
ESTEBAN: ¿Yo? Pues tengo yo las llaves.  
Hecho está. Ven, buscaremos  
a mi compadre en la plaza.  
REGIDOR: Vamos.  
ESTEBAN: Hijo, y en la traza  
del dote, ¿qué le diremos?  
Que yo bien te puedo dar  
cuatro mil maravedís.  
FRONDOSO: Señor, ¿eso me decís?  
Mi honor queréis agraviar.  
ESTEBAN: Anda, hijo; que eso es  
cosa que pasa en un día;  
que si no hay dote, a fe mía,  
que se echa menos después.

***Vanse, y quedan FRONDOSO y LAURENCIA***

LAURENCIA: Di, Frondoso. ¿Estás contento?  
FRONDOSO: ¡Cómo si lo estoy! ¡Es poco,  
pues que no me vuelvo loco  
de gozo, del bien que siento!  
Risa vierte el corazón



por los ojos de alegría  
viéndote, Laurencia mía,  
en tan dulce posesión.

***Vanse. Salen el MAESTRE, el COMENDADOR, FLORES y ORTUÑO***

COMENDADOR: Huye, señor, que no hay otro remedio.

MAESTRE: La flaqueza del muro lo ha causado,  
y el poderoso ejército enemigo.

COMENDADOR: Sangre les cuesta e infinitas vidas.

MAESTRE: Y no se alabarán que en sus despojos  
pondrán nuestro pendón de Calatrava,

que a honrar su empresa y los demás bastaba.

COMENDADOR: Tus designios, Girón, quedan perdidos.

MAESTRE: ¿Qué puedo hacer, si la fortuna ciega  
a quien hoy levantó, mañana humilla?

### ***Dentro***

VOCES: ¡Victoria por los reyes de Castilla!

MAESTRE: Ya coronan de luces las almenas,  
y las ventanas de las torres altas

entoldan con pendones victoriosos.

COMENDADOR: Bien pudieran, de sangre que les cuesta.  
A fe que es más tragedia que no fiesta.

MAESTRE: Yo vuelvo a Calatrava, Fernán Gómez.

COMENDADOR: Y yo a Fuenteovejuna, mientras tratas  
o seguir esta parte de tus deudos,  
o reducir la tuya al rey católico.

MAESTRE: Yo te diré por cartas lo que intento.

COMENDADOR: El tiempo ha de enseñarte.

MAESTRE: Ah, pocos años,  
sujetos al rigor de sus engaños!

***Vanse. Sale la boda, MÚSICOS, MENGO,  
FRONDOSO, LAURENCIA, PASCUALA, BARRILDO, ESTEBAN y alcalde JUAN  
ROJO. Cantan.***

MUSICOS: "¡Vivan muchos años  
los desposados!

¡Vivan muchos años!".

MENGO: A fe que no os ha costado  
mucho trabajo el cantar.

BARRILDO: Supiéraslo tú trovar  
mejor que él está trovado.

FRONDOSO: Mejor entiende de azotes  
Mengo que de versos ya.



MENGO: Alguno en el valle está,  
para que no te alborotes,  
a quien el Comendador...

BARRILDO: No lo digas, por tu vida;  
que este bárbaro homicida  
a todos quita el honor.

MENGO: Que me azotasen a mí  
cien soldados aquel día...  
sola una honda tenía

[y así una copla escribí;]  
pero que le hayan echado  
una melecina a un hombre,  
que aunque no diré su nombre  
todos saben que es honrado,  
llena de tinta y de chinas  
¿cómo se puede sufrir?

BARRILDO: Haríalo por reír.

MENGO: No hay risa con melecinas;  
que aunque es cosa saludable...  
yo me quiero morir luego.

FRONDOSO: Vaya la copla, te ruego,  
si es la copla razonable.

MENGO: "Vivan muchos años juntos  
los novios, ruego a los cielos,  
y por envidia ni celos  
ni riñan ni anden en puntos.

Llevan a entrambos difuntos,  
de puro vivir cansados.

¡Vivan muchos años!"

FRONDOSO: ¡Maldiga el cielo el poeta,  
que tal coplón arrojó!

BARRILDO: Fue muy presto.

MENGO: Pienso yo  
una cosa de esta seta.

¿No habéis visto un buñolero  
en el aceite abrasando  
pedazos de masa echando  
hasta llenarse el caldero?

¿Que unos le salen hinchados,  
otros tuertos y mal hechos,  
ya zurdos y ya derechos,  
ya fritos y ya quemados?

Pues así imagino yo  
un poeta componiendo,  
la materia previniendo,  
que es quien la masa le dio.

Va arrojando verso aprisa



al caldero del papel,  
confiado en que la miel  
cubrirá la burla y risa.  
Más poniendo en el pecho,  
apenas hay quien los tome;  
tanto que sólo los come  
el mismo que los ha hecho.  
BARRILDO: Déjate ya de locuras;  
Deja a los novios hablar.  
LAURENCIA: Las manos nos da a besar.  
JUAN ROJO: Hija, ¿mi mano procuras?  
Pídela a tu padre luego  
para ti y para Frondoso.  
ESTEBAN: Rojo, a ella y a su esposo  
que se la dé el cielo ruego,  
con su larga bendición.  
FRONDOSO: Los dos a los dos la echad.  
JUAN ROJO: Ea, tañed y cantad,  
pues que para en uno son.



## PARTE A: PRUEBA DE CARÁCTER PRÁCTICO

Ejercicio I: Diseño y justificación de dos personajes individuales (femenino y masculino) y un personaje colectivo.

***Divinas palabras*, de Ramón María del Valle-Inclán.**

Personaje femenino: Simoniña.

Personaje masculino: Pedro Gailo.

Figurín colectivo: Séptimo Miau, la Tatula, Benita la costurera.

### Jornada III, escena III.

*San Clemente. La iglesia románica, de piedras doradas. La quintana verde. Paz y aromas. El sol traza sus juveniles caminos de ensueño sobre la esmeralda del río. SÉPTIMO MIAU aparece sentado en el muro de la quintana. SIMONIÑA, en la sombra del pórtico, arrodillada a la vera del carretón, pide para el entierro. La enorme cabeza del idiota destaca sobre una almohada blanca, coronada de camelias la frente de cera. Y el cuerpo rígido dibuja su desmedrado perfil bajo el percal de la mortaja azul con esterillas doradas. Encima del vientre, inflamado como el de una preñada, un plato de peltre lleno de calderilla recoge las limosnas, y sobrenada en el montón de cobre negro una peseta luciente.*

SÉPTIMO MIAU.—¡Qué! ¿Se junta mucha moneda?

SIMONIÑA.—¡Algo pinga!

SÉPTIMO MIAU.—¡No sabéis vosotras el bien que enterráis!

SIMONIÑA.—¿Será usted el solo que lo sepa?



SIMONIÑA.—¡Mejor cuidado del que tenía!

SÉPTIMO MIAU.—¡Me lo cuentas a mí, mozuela! ¿Pues no veo el carro sin un mal todo, sin una pintura que luzca? ¡Y era propio el fenómeno para enseñarlo en una verbena de Madrid!

SIMONIÑA.—¡Bien que le revolvieron la cabeza a mi madre con esos discursos!

SÉPTIMO MIAU.—Tu madre es una mujer de provecho.

SIMONIÑA.—Aun cuando usted no lo crea.

SÉPTIMO MIAU.—No es soflama, niña. Si hubiera querido encartarse conmigo, salía de miserias.

SIMONIÑA.—Mi madre mira mucho por su conducta, y no quiere encartes.

SÉPTIMO MIAU.—Encartes son tratos legales.

SIMONIÑA.—Y amancebamientos.

SÉPTIMO MIAU.—Conveniencia de dos que se juntan para ganar la plata. Tratos legales. Yo hubiera tomado el carro en arriendo; pagando un buen porqué, le hubiera puesto dos perros enseñados a tirar... ¡Y no digo!...

SIMONIÑA.—¡Pues ya no tiene remedio!

*SIMONIÑA suspira, e incorporándose sobre las losas del pórtico, de rodillas a la vera del dornajo, esparce las moscas que comen en la cabeza de cera. Unas beatas con olor de incienso en las mantillas salen deshiladas de la iglesia.*

SIMONIÑA.—¡Una limosna para ayuda del entierro!

UNA VIEJA.—¡Cómo hiede!

OTRA VIEJA.—¡Corrompe!

BENITA LA COSTURERA.—¿Cuándo lo enterráis?

SIMONIÑA.—Cuando ajuntemos para ello.

BENITA LA COSTURERA.—¡Vaya unas puntadas que le echaron a la mortaja! ¡Son hilvanes!

SIMONIÑA.—Para los gusanos, ya está bastante.

BENITA LA COSTURERA.—¿Quién se lo cortó?

SIMONIÑA.—Todo lo hizo mi madre.

BENITA LA COSTURERA.—¡No es muy primorosa!

SIMONIÑA.—Tampoco es costurera.

BENITA LA COSTURERA.—¿Y no tenía otro hilo más propio para pegarle la esterilla?

SIMONIÑA.—Déjese de ponerle tachas y suelte una perra.

BENITA LA COSTURERA.—No la tengo.

SIMONIÑA.—¡Poco le rinde la aguja!

BENITA LA COSTURERA.—Para vivir honradamente. No lo olvides, para vivir honradamente.

SIMONIÑA.—Pues no se libra de calumnias.

BENITA LA COSTURERA.—Puede ser, pero mi fama no está en esas lenguas.

SIMONIÑA.—Le tira el señorío.

BENITA LA COSTURERA.—Más pobre que tú, pero con decencia.

SIMONIÑA.—¡Ay, qué delirio con la decencia!

BENITA LA COSTURERA.—¡Es lo que más estimo!

SIMONIÑA.—¡Apuradamente!



BENITA LA COSTURERA.—¡En el nombre

¿Te parece hablar propio de juventud?

SIMONIÑA.—Como no trato con el señorío, desconozco los modos de las madamas.

BENITA LA COSTURERA.—¡Me voy! ¡No quiero más relatos!

SIMONIÑA.—¿Se va sin dejar una perra?

BENITA LA COSTURERA.—Así es.

SIMONIÑA.—¡Como no hubiese más caridad que la suya!

*PEDRO GAILO, con sotana y roquete, asoma en la puerta de la iglesia. Llega el olor de los cirios que humean apagados en los altares. El arco de la puerta deja entrever reflejos de oro en la penumbra.*

PEDRO GAILO.—¡Puñela! ¡Qué dada eres a picotear!

SIMONIÑA.—Me hablan, contesto.

PEDRO GAILO.—Todas las mujeres sois de un mismo ser.

SÉPTIMO MIAU.—Pues tal como son las mujeres, no hay fiesta sin ellas, compadre. Y usted no se queje, que tiene buena compañera. Casualmente hicimos juntos una romería, y allí he podido apreciar cómo se comporta y sabe sacar el dinero a los primaveras.

SIMONIÑA.—Oiga cómo todos hablan de mi madre. ¡Y que sea usted solo a quebrarle la cabeza!

PEDRO GAILO.—¡Calla la boca, Simoniña!

SIMONIÑA.—Guíese otra vez de cuentos.

*Coimbra salió en dos patas, y mueve la cola bailando en torno del sacristán, que la mira con ojos adustos. Coimbra, irreverente, olfatea la sotana y estornuda, remedando la tos de una vieja.*

SÉPTIMO MIAU.—Escupe el resfriado, Coimbra.

PEDRO GAILO.—¡Revienta en un trueno!

SÉPTIMO MIAU.—Pídale usted la pata, compadre.

PEDRO GAILO.—No soy de vuestro arte.

SÉPTIMO MIAU.—¿Qué arte es el nuestro?

PEDRO GAILO.—¡Arte del Diablo!

SÉPTIMO MIAU.—¡Coimbra, se vive de calumnias!

SIMONIÑA.—¡Por bueno está usted señalado en la cara!

SÉPTIMO MIAU.—¿Cree usted, joven?

SIMONIÑA.—Creo en Dios.

*SÉPTIMO MIAU escupe la colilla, alza el parche con dos dedos, descubriendo el ojo que lleva tapado, y con un guiño lo recata de nuevo bajo el verde tafetán.*

SÉPTIMO MIAU.—¡Ya ha visto usted cómo no estoy señalao!

SIMONIÑA.—Pues por alguna maldad lo encubre.

SÉPTIMO MIAU.—Por lo mucho que penetra. Tanto ve, que se quema, y he de llevarlo tapado. ¡Penetra las paredes y las intenciones!



SÉPTIMO MIAU.—El Demonio se rebeló ¿  
PEDRO GAILO.—Ver y saber son frutos de la misma rama. El Demonio quiso tener un ojo en cada sin fin, ver el pasado y el no logrado.  
SÉPTIMO MIAU.—Pues se salió con la suya.  
PEDRO GAILO.—La suya era ser tanto como Dios, y cegó ante la hora que nunca pasa. ¡Con las tres miradas ya era Dios!  
SÉPTIMO MIAU.—Tiene usted mucho saber, compadre.  
PEDRO GAILO.—Estudio en los libros.  
SÉPTIMO MIAU.—Eso hace falta.

*Por el camino, entre maizales, asoma el garabato negruzco de una vieja encorvada, que galgúea. El farandul deja la quintana, silbando a Coimbra, y en el cancel se junta con ROSA LA TATULA. No era otra la vieja.*

SÉPTIMO MIAU.—¿Hablaste con ella?  
LA TATULA.—Y quedé de volver.  
SÉPTIMO MIAU.—¿Cómo la hallaste?  
LA TATULA.—Está por usted que ciega. ¡Mal sabe el pago de ciertos hombres con las mujeres!  
SÉPTIMO MIAU.—¿Que un día la dejo o que me deja? ¡Siempre habrá corrido mundo!  
LA TATULA.—¡Y trabajos!  
SÉPTIMO MIAU.—¿No se le volverá la intención?  
LA TATULA.— El Diablo cuida de avivar esa candela.  
SÉPTIMO MIAU.—Es una mujer de mérito.  
LA TATULA.—Mire para la hija. ¡Veinte años y no vale una risa de la madre!  
SÉPTIMO MIAU.—La madre tiene otro gancho.  
LA TATULA.—¡Mentira parece que malcomiendo conserve las carnes tan apretadas y los ardores de una moza nueva!  
SÉPTIMO MIAU.—Que se me va la vista, Tatula.  
LA TATULA.—¡Ay, qué tunante!  
SÉPTIMO MIAU.—¿Cuándo quedaste en verla?  
LA TATULA.—Cuando usted me mande y señale lugar para entrevistarme.  
SÉPTIMO MIAU.—No conozco bien estos parajes. ¿Por dónde cae un cañaverál?  
LA TATULA.—¡Buena intención le guía!

*La vieja se rasca bajo la greña gris, y mientras en un reír astuto descubre las encías desnudas de dientes, el farandul, apartándose el tafetán, tiende la vista sobre las verdes eras.*